

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8564

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 7'50 id.—**Extranjero**, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 26 de Mayo de 1890.

ELIXIR de PROTOCLORURO de HIERRO CON HIPOFOSFITOS de VIVAS PEREZ.

Recetado por los médicos y adoptado por los hospitales, no tiene rival, y es el único remedio seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginos de la medicación tónica, co-reconstituyente para la ANEMIA, RAQUITISMO, COLORES PALIDOS, EMPOBRECIMIENTO DE LA SANGRE, DEBILIDAD, INAPETENCIA Y MENSTRUACIONES DIFICILES.

PRECIO EN ESPAÑA: Botella grande, 4 pesetas.—Botella pequeña 1'50 pesetas.
Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigida firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL:

Almería, Farmacia VIVAS PEREZ.

POR MAYOR, MADRID: M. García y Sociedad Ibero-Universal. BARCELONA, Sociedad Farmacéutica, é hijos de J. Vidal y Ribas y Alomar y Uriach.

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, Ultramar, Buenos Aires y todas las Américas. En Cartagena Abad y Romero Garmez.

UN PROGRESO SOCIAL.

PROGRESOS INCESANTES DE LA TUBERCULOSIS.

La medicina llama tuberculosos a los que el vulgo conoce con el nombre de tísicos ó enfermos del pecho, es decir, a las personas atacadas por afecciones pulmonares.

Desde que se ha descubierto el microbio de la tuberculosis, y, por consiguiente, se sabe de qué enemigo es preciso defenderse, la medicina prosigue sus investigaciones, se dedica a ensayos continuos y empieza a obtener brillantes éxitos.

Si no consigue siempre la victoria en su lucha contra los enfermos del segundo y tercer periodo, al menos llega a detener los estragos del mal asediándole en sus principios.

Los dos azotes más terribles para la humanidad, y con justo motivo, son la guerra y el cólera.

Bajo el punto de vista del número de víctimas, el balance de estas dos calamidades públicas es verdaderamente espantoso.

Al lado de la guerra y del cólera existe un enemigo mucho más terrible, y tanto más de temer, cuanto opera sigilosamente, sin ruido, sin llamar la atención, y no permite conocer su presencia, sino cuando es demasiado tarde para destruirle.

Ese enemigo, que desde principios del siglo causó millares de víctimas en Europa, es la tuberculosis que se ceba especialmente en la infancia, en la juventud y en la adolescencia, comprometiendo las fuerzas vivas, la esperanza y el porvenir de la nación, y que empieza a adquirir por su extensión siempre creciente, más que el carácter de enfermedad el de un peligro social.

El enemigo que produce esos estragos no tiene un aspecto temible ni espantoso. Es una especie de palito recto, un microbio, un bacilo, cuyas dimensiones son tan mínimas que para descubrirle hacen falta instrumentos de un gran poder de ampliación.

Un ejemplo bastará para dar idea de sus dimensiones.

El recinto de París tiene treinta kilómetros, y para embestirle se necesita un ejército que, colocado en una sola fila, conste de 60.000 hombres; pues bien, 60.000 microbios colocados uno junto a

otro no podrían rodear una moneda de diez céntimos.

Y sin embargo, ese ser infinitamente pequeño, con su asombrosa resistencia al tiempo y a los agentes destructores, con su colosal poder de reproducción va a destruir a un organismo superior, al hombre, por virtud de la ley del número.

Ese monstruo dañino fue descubierto en 1883 por un alemán, Alberto Koch, pero diez y ocho años antes demostró Vellemaín que la tuberculosis era contagiosa.

El día en que anunció a la Academia de Medicina el resultado de sus investigaciones, promovió una verdadera tempestad en el seno de la docta corporación y solo cuando se descubrió el bacilo se dió crédito a sus trabajos.

Para penetrar en nuestro organismo tiene tres puertas abiertas el microbio de la tuberculosis: la piel, las vías digestivas y las vías respiratorias.

La inoculación de la tuberculosis por la vía cutánea es cosa indiscutible. En los laboratorios se recurre a ella para la tuberculosis experimental.

En cuanto a las vías digestivas, el congreso recientemente celebrado para el estudio de la tuberculosis ha demostrado los peligros de la leche y de las carnes procedentes de animales que ya padecen la enfermedad; pero este peligro no es absoluto, pues el bacilo no resiste temperaturas elevadas y con hervir la leche y cocer bien la carne se puede evitar su acometida.

Las vías respiratorias son la verdadera puerta de entrada de la enfermedad por el contagio.

Los esputos de un tuberculoso son los principales, por no decir los únicos agentes del contagio. Al caer al suelo se secan y se reducen a un polvo finísimo que, mezclado con la atmósfera, siembra por todas partes el germen de la enfermedad.

Este germen, introducido con el aire en las vías respiratorias, puede caer en un terreno refractario a su evolución ó en un terreno donde pueda desarrollarse fácilmente.

En el primer caso el bacilo permanece inofensivo en el organismo hasta que una causa cualquiera la lanza al exterior. Sin embargo, en las personas mejor constituidas y a pruebas de bacilos un accidente insignificante, al parecer, pueden determinar la aparición de la enfermedad. Así se explican las tísicas que siguen a la bronquitis y las de los individuos que trabajan en industrias en que se desarrolla polvo.

La miseria es también uno de los principales factores de la tuberculosis.

Los trabajos del último Congreso han servido para determinar la profilaxis que debe ejercerse con los tísicos desde el punto de vista del contagio; esto es la destrucción de los esputos por el agua caliente y por el fuego antes de que se sequen, el aislamiento al aire puro.

LOS VERANOS MAS RIGUROSOS

El famoso astrólogo alemán Dr. Holden-

burg, de la Universidad de Heidelberg, anuncia para el próximo verano un calor continuado y achicharrante. Esto nos da gana de copiar una lista de veranos excesivamente calientes que conservamos en nuestro libro de apuntes. Con que, tomen el abanico, sople fuerte y atiendan.

Empezamos en la Era cristiana.

Año 627. Secáronse casi todas las fuentes de Europa, desmayándose la gente por las calles bajo la influencia del calor y de la sed.

879. Fue imposible trabajar en los campos a causa del excesivo calor.

993. Se asaron los frutos en los árboles como si estuviesen en un horno de cocer pan.

1000. Se secaron en Francia todos los rios y pantanos. La putrefacción de los peces muertos en seco produjo a las primeras lluvias una espantosa epidemia.

1014. El excesivo calor secó en Alsacia y en la Lorena todos los rios, arroyos y lagunas.

1132. El Rhin quedó seco por completo.

1152. Fue tan intenso el calor que se podían cocer huevos en la arena.

1227. Murieron asfixiados gran número de personas y animales.

1303. Quedáronse casi en seco el Rhin y el Danubio, que atravesaba la gente a pie.

1394. Quemáronse las cosechas en toda Europa.

1538. Secáronse por completo el Sena y el Loire.

1556. Una terrible sequedad asoló toda Europa.

1614. En Francia y Suiza quedaron secos hasta los pozos.

1646, 1769 y 1701. Sucedió otro tanto.

1715. Desde Marzo a Octubre, inclusive, no cayó ni una gota de agua, subiendo la temperatura a 38.º Reaumur. En ciertos sitios privilegiados los árboles florecieron dos veces.

Espantoso dicen las crónicas fue el calor en los veranos de 1724, 1746, 1756 y 1811.

En 1815 subió el termómetro Reaumur a la increíble temperatura de 40º, obligando a cerrarse en las ciudades de la Europa central todos los sitios de recreo.

Señores: preparémonos, pues, a sudar el kilo.

Variedades.

Solución a la charada inserta en el número anterior:

BOCA.

Charada

En dos con primera lav
tres cuarta no es cantidad
y el cuatro tres continuado
dicen que engendra amistad.
El todo ayer he comprado
por el precio de un real.

J. Marti y Mata.

La solución en el número próximo.

EL FINAL DE MADAME DE CAYLUS

Estaba de paso en Valladolid, y una noche, después de comer, ya había sorbido una taza de café en el Suizo, y seguía con la vista las caprichosas espirales del humo de mi cigarrillo.

—Y en verdad que tiene gracia lo que me dice de madame Caylus el amigo Gimeno.— ¡Pist!—añadió encogiéndome de hombros,— algo así tenía que suceder.—

Entre otras estas reflexiones hacía para

dejar pasar algunos minutos y llegase la hora de acudir al teatro Zorrilla, en el que Lucía Pastor hacia entonces las delicias del público vallisoletano.

Mas de pronto mi vista se detuvo en un individuo que estaba solo en uno de los veladores de enfrente.

Chocóme la insistencia de su mirada y quedé yo también sin apartar los ojos de él.

—¡Calle! ¡si es Veloz!—exclamé al reconocerle.

No tuve tiempo de dirigirme donde él estaba, pues en seguida llegó hasta mí y nos abrazamos con la efusión propia entre dos buenos amigos que hace tiempo no se ven.

—¡Mozol Este caballero.

—Chico, ¿cómo tú por aquí?

—¿Quién había de esperar tan feliz encuentro?...

La estrecha amistad que a César Veloz le unia conmigo databa de algunos años.

Sus cualidades le hacian acreedor al aprecio de cuantos le trataban, y aunque su carácter era jovial y amigo de bromas, en ellas se mostraba discreto y hacia alarde de su delicadeza.

Me extrañó mucho, por lo tanto, encontrarle grave, taciturno y tan abandonada su persona, que me admiró de haber reconocido al que siempre conocí esclavo de la moda y pulcro hasta la exageración.

—¿Qué cambiado estás!—exclame al verle de este modo.

—Amigo—me contestó suspirando y con acento que me produjo lástima—¿cuánto han variado los tiempos desde que dejaste a Madrid!

—Vamos, tú estás en este momento dominado por una impresión desagradable y ves las cosas con colores demasiado oscuros.

—No lo creas; la impresión ha pasado ya, y a costa de mi felicidad me he convencido de que no puede existir amor en ninguna mujer.

—Tá, tá, tá: ¡y aquella Enriqueta que te parecía un ángel y que decías estabas seguro de lo mucho que te amaba?

Al salir este nombre de mis labios observé la impresión extraña que en mi amigo produjo, y me arrepentí al ver que le hacia sufrir; así que en seguida procuré variar de conversación y sacar a Veloz de sus sombríos pensamientos.

—Vendrás conmigo a oír a Lucía Pastor—le dije.

—Déjame ahora de eso—me interrumpió.

—Has puesto el dedo en mi herida. ¡Ella! ¡ella! Enriqueta es la causa de mi desesperación.

Intenté no acceder a que Veloz me contase la historia de sus amores, pero picado por la curiosidad, la insistencia de mi amigo y el interés que naturalmente inspiraba, me obligaron a escucharle con atención.

—¿Te acuerdas? Tenia los ojos negros como la noche; sus pestañas eran largas y sedosas; su mirada de fuego; aquel trozo pequeño de coral que al romperse dejaba ver dos sartas de diminutas perlas, formaba su boca hermosa y deliciosa; y Hevata marcada en su hermoso rostro un profundo sello de melancolía: Una tarde en la Casa de Campo la encontré con sus tíos; a través de la muselina de su largo y negro manto, percibí el más delicado y aéreo cuerpo que Ticiano pudo soñar; la hallé tan sentimental, fue tanto lo que me impresionó aquella belleza interesante, que ella sola se llevó todos mis pensamientos. No desperdiqué ocasión de tratarla; y aunque admitió mi amistad, costóme mucho trabajo conseguir su confianza, y más su amor.